

Don Rogelio cogió el libro
salíó. El chiso detras.

—¿Cuenta, porqué, me quisio arrastrar a escobadas?
—Un libro grueso que yo tenía
aquí. —Don Rogelio.
— ¡Me dice la verdad!
— ¡Mira, Don Rogelio, yo no
he escudo nada! ¡Es lo justo por
mi madre muerta! ¡Vá!
— Y se basó los dedos en cruz.
— ¡Usted! — dijo al hombre
— ¡Yo le de haber puesto en
otra parte y no me acuerdo ahora.
— ¡Si creíste, créate nomás! Si
tú me más allá que él. — ¡Acórrate
de la anciana — ¡Ejéte, segura
de te lo ha estado!
— ¡Salid, Don Rogelio hacia
vuelto a la escalera. Y él sólo a mirar
la lámina.
— ¡Pore no podía estar más allá!
Fandango raro en él, sentía unas
cosas extrañas. Lamas de flor. La
presencia de Don Rogelio, lo lami-
entaba. Necesitaba salir, correr,
escuchar, hacer cualquier cosa, no
sabía qué pero no quedarse allí.
¡Que se acordó de d'que una escusa:
— Voy hasta el servicio. Va
vuelvo.
— ¡Salid al patio y de allí achó a

los al problema. Y al problema
era este: El libro tenía que vol-
ver a Don Rogelio.
Las soluciones eran: O lo le a
Don Rogelio, contentarías todo
y hacer que viniese a comprar el
libro, o robárselo.
Se decidió por éste. La presión
le más fuerte, más le parecían im-
posible que Don Rogelio fuese que
pagar 2 200 por un libro suyo
que él había vendido a un nene-
roque para el chico, el libro no
era del comerciante, según aten-
de de Don Rogelio. Decidió ro-
barlo. Pasó una vez dos veces,
a mirar una puerta. Subió el
escalón. Con una ojo miraba al
comerciante que leía el diario, con
el otro hacia como que contem-
plaba la revista. Estaba el mano
y salió corriendo con el libro. Oyó
el grito — ¡muja!

Seguramente, saltaría allí la mu-
jer del librero que se lo había
dado. Siguió corriendo, ligadísimo.
En la primera esquina dobló a
derecha en la otra y se la cruzó.
Huyendo, sudoroso, llegó al as-

— ¡Don Rogelio! Las co-
mentaciones de compra y venta
no les conocí! Mi madre siem-
pre decía que no más ladrones
que los ladrones, porque los ro-
ban a los ladrones. ¡Estoy seguro
que el librero maliciado que yo
había robado, está aquí!

— ¡No importa. Yo te lo cen-
taré.
— ¡La va a pedir de más.
— ¡Se la pagará.
— ¡Qué macaña va a hacer. Voy
Rogelio!
Y continuaron silenciosos. Y
habían pasado el silencio y ven-
te y tres años. El libro no
atravesó a entrar y quedó en su
puerto, altísimo. ¡Vá al admi-
nistrador, después de las ex-
presiones, hasta en las ex-
presiones, hasta en las ex-
presiones al comerciante padre.
No pudo contentarse, gritó:
— ¡Chorrel! ¡Cobra esa peseta
que pagé uno! ¡No le pague más
que uno, Don Rogelio! ¡Ea u-
chores así!
— El librero salió a la puerta
amenazante, seguido de su mu-
jer.
— ¡Oye gracias a Don Rogelio,
sólo me había llevado a la comi-
da, me ladró.
— ¡Si, me iba a comer a mi Va-
do, me ladró. — ¡Va la hora,
una sea.
— ¡El comerciante, rojo de ira, for-
hacía el chico.
— ¡Tú me
— ¡Oye comerciante, Don Roge-
lio, contenta, satisficela.
Y volviendo a hacer al comi-
cario vez silenciosos, el hombre
el muchacho. Ahora está camin-
mendado y sin ganas de hablar.
Al llegar a la puerta de la es-
calera, se detuvo un momento
volviendo, porque el chico se había
acordado de él.
— ¡Qué más chifir, ¡entre, am-
pl!
— ¡Y no me éche?
— ¡Déjate de pasadas, ¡entre
ampl! ¡Córre que te voy a
achar!
— ¡Como en otro caso que te
rán por lo mismo. Me había ol-
vidado de ti.
— ¡Me paré que te que Vá.
— ¡Vá, Vá, Vá, Vá, Vá, Vá, Vá,
vida es más interesante que
que me la contaste. ¡Entre!
— ¡Bastó. Déjate mázame va-
do. Me acordé de la novela.
— ¡Vá, vá, vá, vá, vá, vá, vá,
¡Vá vá vá!
— ¡Vá, Teobaldo Martínez.
— ¡Vá!
— ¡Porfayé, Vá, es un
bueno.
— ¡Bá, bá, bá!
— ¡Vá, vá, vá, vá, vá, vá, vá,
— ¡Bá, vá, vá, vá, vá, vá, vá,
cara de papagayo, que me lo
dijiste!

X volviendo a hacer el camino, otra vez silenciosos...



El Porqué De Su Individualidad

Porque, por encima de todo otro interés que no sea hacer del POUR LA NOBLESSE, Escudo Colorado el cigarrillo "por excelencia" que se tomó por modelo, cuando de alta calidad se

habla, sus fabricantes tratan, por todos los medios que el mejor tabaco habano y una elaboración única en nuestra industria ponen a su alcance, justificar el ya popular fallo de nuestros fumadores:

NO PUEDE SER MAS QUE UN:

POUR LA
NOBLESSE

ESCUDO COLORADO

30 CTS



VIDA Y MUERTE

Una historia

Arbolito Murió en su Ley, Balleado por la Policía. Y sin Embargo Realizó Conductas de una Bondad Dulcísima que lo Santificaron, como Cuando Visitó el Bazar "La Diamela" Exponiendo su Vida, Sólo por Cumplir con sus Amigos.

7101

Roberto

(Colaboración especial para CRITICA)

po, un tiempo suficiente para la reacción del dueño, el tiempo necesario para recibir el Arbolito, en su pulnido, o en su cabeza, o en su corazón la bala del fusil. Y cada segundo que se viene encima tras consigo la posibilidad de una sorpresa desagradable. Un revolver tiene cinco balas, o seis, pueden dispararse sobre las espaldas de Arbolito mientras éste forcejea rápidamente para abrir la puerta de calle. Delante de la muerte está Arbolito; se aproximó a la muerte. Arbolito, se la aproximó la víspera de Navidad para eretarse, a la muerte, dos ocupados de juguete con que encender la alegría pueril de cuatro niños de cuventillo. ¡Oh, Arbolito, Arbolito del Corazón Bondadoso!

Si no tan placidos como los que acabo de referir, podría enfilar otros casos realmente líricos, desahocados, por ejemplo: así todas las mujeres del convulso y de la muerte, le daban alientos de quenta, o cuantas enteras, por gárgoras o

la pelota, y sin embargo, realizó conductas de una bondad dulcísima, emocionante, que para mí — para mí únicamente — lo santificaron, como cuando visitó en la complicidad del silencio y las sombras nocturnas, el bazar "La Diamela" exponiendo su vida, prolongando la exposición de su seco cuerpo delante del inminente peligro solamente por cumplir un acto de bondad, un acto de piedad pura, un acto que no realizaban los personajes que en mi imaginación de niño creía que estaban obligados a ello: el cura, el maestro, los



hombres honestos, graves, de barba negra y semblante rígido. Por eso desde que la moral de este muchacho ladrón, tenía para nosotros una cordialidad y una alegría especiales que faltaban en las clases del maestro y en las conversaciones de las personas honestas.

Nos había dicho: —Píbes, ¿qué quieren que les regale por Navidad?

Sentíamos que no nos menta; Arbolito gozaba de nuestra confianza integral; evasivos en él; las promesas creaban en nosotros una esperanza que enajaba siempre en fresca realidad. Nos iba a traer fusiles, pelotas, diablos, y quién sabe qué extraños juguetes con movimientos maravillosos.

Ahora, me lo imaginó, a veinte años de distancia, haciendo una lenta espera en alguna esquina, aguardando el minuto exacto; me lo imaginé forjado con guita la puerta de calle que al fin se abre despacio; él entra, cauteloso y silencioso, contentando la respiración y afilando el oído y la mirada; sombras y silencio, dentro; luego los ruidos pesados de un carro dando la calle; silencio, sombras; por fin habitados sus ojos a la obscuridad, distingue un pasillo, unas estanterías, un montón abigarrado de juguetes; asegura de la momentánea impunidad, se apresura a abrir la linterna cuyo cono de luz gira lenta y medrosamente hasta elevarse en una ropias: son muñecos; Arbolito sonríe; no sirven; busca pelotas, diablos, escopetas; los encuentra por fin y va haciendo sus bolados bolillos. Había cerrado la puerta de calle para no llamar la atención de los posibles transeúntes; había, pues, cortado la única posibilidad de huida en caso de sorpresa; así ahora él tropieza haciendo caer o rodando con estrépito algún objeto — una lanaparría, un centro de mesa, un chisme cualquiera — si ahora fuese sorprendido por el dueño del bazar, ¡qué sucedería, con la única puerta próxima, cerrada! La abría, sí; pero necesitaría emplear un tiem-

... Cuando corría daba la impresión de que iba a dejar una tierra abandonada en mitad de la carrera, pues destruía movimientos largos, bruscos, independientes uno de otros, sin armonía totalizadora, produciendo una sensación visual desconcertante, de cuando, por ejemplo, uno ve en una fábrica de corrajes los veinte piezas sueltas de un vehículo desarmado

de una localidad, de una fábrica, levantaba el edificio de un suceso imaginado, en el cual por humildad él era actor más bien secundario mientras que otro personaje de ficción arrastraba sobre sí el interés y la importancia unánimes. Deramaba detalles realistas para dar impresión de verdad auténtica.

—Honorio, que le decía Rayita, aquel que tuvo aquel asunto con el Gallego López, Rayita, hombre, aquel Rayita que después murió en Rosario cuando la huiga del... Bueno, son con Rayita...

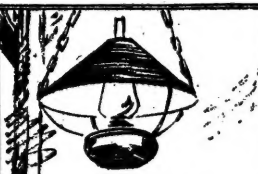
Otra manera de inlustrar en la confianza del recién conocido:

—¡Ah! ¿usted trabaja en "La Cantabrica"? Una vez cada cuatro y a trabajar allí. Puf con Esteban el Austriaco, ¿no lo conocí? (qué lo iba a conocer, al acababa de inventarlo) a pedirle trabajo al gerente; nos dio trabajo; a mí en la calderería, y a él en los ranchos. Trabajamos esa tarde y no volvímos más... eramos así...

Con tan cordiales mentiras que arrancaban sonrisas y carcajadas, Arbolito se captaba la simpatía unánime.

Arbolito era ladrón. A veces desaparecía del barrio. O estaba preso "en averiguación de antecedentes", o purgando alguna equivocada y a veces inocente por-

La víspera, efectivamente, la corrieron por ahí, embarrancados. Hechos como en la pieza; Gaspar había traído un porrón de ginshiro, de la que bebimos hasta los chicos. Arbolito estaba agitando y hacía cambiar el disco del fonógrafo a cada momento



Le decían Arbolito. Largo y seco, desahucado y descoronado, parecía, cuando le levantaba la mano para alisar la pelota, que desprendiéndose de la caja del cuerpo se iba a ir el brazo a las nubes; y cuando corría daba la impresión de que iba a dejar una tierra abandonada en mitad de la carrera, pues destruía movimientos largos, bruscos, independientes uno de otros, sin armonía totalizadora, produciendo una sensación visual desconcertante de cuando por ejemplo uno ve en una fábrica de corrajes las veinte piezas sueltas de un vehículo desarmado.

Arbolito daba siempre esa impresión: parecía que cada miembro, cada músculo, realizaba movimientos independientes. Una vez, viéndolo saltar tan de repente para coger una pelota en el frontón del almirante, gritamos todos: "¡Se dobló!", y cogió al vuelo la pelota y ganó un tanto.

Usaba pantalones amplios, holgados, que al viento al golpearlos dividían en planos que se cortaban unos a otros como ciertas figuras geométricas. Otra impresión visual era la del espantapájaros, pero en el suburbio ciudadano ignorábamos entonces la cosa y el nombre campesinos. Ahora, al recordarlo, me parece que efectivamente semeñaba un espantapájaros. El, dentro de sus hinchados trajes, parecía una bolsa de mafa con solo un grano dentro. ¡No vio usted nunca un abrigo colgado del gancho de una perchera? Pues cuando Arbolito aquella vez usó un sobretodo obtenido algún año como, parecía precisamente un sobretodo vacío colgando de un invisible gancho y que al viento — no aya voluntad humana — transparentes de un lado a otro. Siempre holgado el dentro de su indumentaria, pero los brazos le sobaban; eran demasiado largos y los agitaba al hablar. Había utilizado una voz gruesa y sonora, de bajo profundo, que desmentaba en su cuerpo esmirrado y largo y fino.

Le decían Arbolito. Era, efectivamente, como un arbolito, desplomado de su tronco seco y alto, dos ramas: los brazos.

Arbolito tenía una manijería especial para ganarse en seguida la familiaridad y la confianza del recién conocido. Quería ser simpático a todos, quería ser amigo de todos, para lo cual extremaba su solicitud y su amabilidad con cualquiera que fuese. Había descubierto una tática para hacerse de amigos inmediatamente.

—¡Ah! ¿Usted es de Floresta? Yo tengo un amigo en Floresta, a cuatro cuadras de la estación, se llama Eduardo, el buen Tarrito: una vez, con ese Tarrito, que era un buen muchacho... Y contaba cualquier cosa que inventaba a medida que nacían sus palabras. Con sólo el nombre



DE ARBOLITO

Mariani

(Ilustraciones de Premiani)

De tapa blanca con el retrato del autor en la esquina de la portada; eran las mismas ideas de forma sentimental, o mejor, sus ideas eran de sentimiento puro. Hacía una simplificación de las gentes: ricos y pobres; entre los ricos incluía a los pobres servidores de los ricos: criados, vigilantes, etc. A los pobres incluía con violencia y en cuanta ocasión se encontraba en la misma situación, en la misma clase a los que pertenecían en realidad. Arbolito creía en Dios. Creía en Dios de una manera extraña. Afirmaba su existencia sin detenerse a discutir.

Una vez, en el bautizo de la hija de un vecino, el Padre Blanco hablaba reprochando esa inercia de su vida desarrollándose al margen de la ley. Arbolito, con una terna seguridad, contestaba:

—Yo no soy lo que usted piensa; además, no sé lo que usted dice. Es que no hay que



Arbolito se preocupa de la vida de la calle; las largas horas de Arbolito cayendo como los dos de coque.

crecer. No soy un santo, pero tampoco soy lo que usted piensa. Yo nunca ataqué a los pobres ni los cobardes para meterlos con los que, como yo, tienen sobre mí esas mercedes. Hay que entender las cosas. Yo no me meto con los pobres. Son los ricos los que abundan siempre. Son los ricos los que roban en grande y silenciosamente, pero como las leyes las hicieron ellos, las hacen para salvarlos ellos. El día que seamos todos los pobres los que hagamos las leyes, veremos los que roban en grande y silenciosamente, pero como las leyes las hicieron ellos, las hacen para salvarlos ellos. El día que seamos todos los pobres los que hagamos las leyes, veremos los que roban en grande y silenciosamente, pero como las leyes las hicieron ellos, las hacen para salvarlos ellos.

El Padre Blanco se horrorizó y Arbolito rió, seguro de su propia bondad y de que tenía razón, mientras que el cura estaba equivocado. Estas ideas, algunas frases como "contribuir a la justicia social", debió haberlas bebido en algún libro anarquista.

Porque Arbolito tenía tres libros en su pieza. —¡Ché, pibe, vos que lees tan bien, agarrá ese libro, no, el de abajo, no, el de arriba de "Yo y el zar donde lo dice lo que sufren los campesinos" ¡Hay cada pensamiento!

Ahora, tan lejos en el tiempo, lo recuerdo con tanta claridad. Era bueno. Entre las frías y serenas lecciones de rígida honestidad que nos daban los maestros castigos y sacerdotes incomprensibles, y el ejemplo de Arbolito expoliando a la mala moral del comerciante paranoico, la mañana de Navidad un barato rito de un niño, nuestro corazón de niño se abrió sin darse cuenta como una flor y derramaba su aroma al hombre dulce, sobre el ladrón...

bajo y aterrador por la calidad moral de los tipos, he de contar algún día esas curules de orgullo, de piedad, de heroísmo moral en seres a quienes los diarios y los burgueses y las gentes honestas paltraban tan duramente con calificativos definitivos negándoles hasta los sentimientos más sencillos y primitivos.

Arbolito era un ladrón y tenía dignidad, "un" dignidad. Si alguna vez prohibía a los hijos que lo visitasen, él se indignaba. Y era porque Arbolito procedía siempre con bondad respecto a los niños y los humildes y los quería con querer puro. Además, pensaba que las madres eran injustas con él; él que le compraban a precios irrisorios medias y guantes que él conseguía expoliando su vida a las balsas o la cárcel, que para eso Arbolito era un buen muchacho, pero cuando se trataba de los hijos, él constituía una mala compañía. Y recordaba que para conseguir aquellos medias que después malvendía por pocos centavos a doña Rosa, casi caía en las redes de la policía. Sin embargo, en seguida él empujaba el peligro a que había entrado para conseguir merceditas.

—Total, —decía— el día menos pensado me muero lo mismo. Me matan o me mueren. Yo me acostumbré a todo. Yo me acostumbré a eso de que voy a morir y ya no me asusto. Es cuestión de acostumbrarse. Todo lo contrario de acostumbrarme, ya que la muerte quiere meterte conmigo, yo no me la ascho.

Y entonces se lo ocurrió poner fecha a su muerte: se moriría el próximo 13 de abril. Creció en cama y era de ver la abnegación de Gaspar y El Choto. Durante los tres meses que duró su primera larga caída en cama, lo atendieron con una solicitud tan cariñosa y abnegada, que ahora, al recordarlo me emociona.

Los días eran largos. Siestas, mates, mates, siestas...

Arbolito no se murió el 13 de abril. Consiguió levantarse y entonces puso nuevamente fecha a su muerte. Le pareció una gracia y la repitió. Se moriría el 13 de septiembre.

—Quiero morir con los botines puestos. No soy una mujer para morirme en la cama. Prefiero la baía del vigilante.

El día 13 de septiembre encontrándolo a Arbolito levantado.

—La tercera es la vencida, muchachos; me muero el 19 de febrero — decía casi un año después —. Vamos a festejar el acontecimiento. La viñera vamos a "maritar".

La viñera, efectivamente, la corrieron por ahí, emborrachándose. Habían comenzado en la pieza; Gaspar había traído un porrón de ginebra de los que bebimos hasta los chicos. Arbolito vestía algo y hacía cambiar el disco del fonógrafo a cada momento.

Bueno, pibe, otra pieza; poné ese vals español más alegre que un papel de cien.

Acaso malificaba un poco, acaso él sabía que se encontraba relativamente bien. Después del alcohol, comenzaron con el mate y al cansarse de determinar salir a recorrer los bodegones de la ribera.

Al día siguiente — el día en que iba a morir — de mañana, lo trajeron a Arbolito casi desmayado.

No se murió.

Una vez me atreví a aconsejarles que se despidieran inmediatamente de unos cuantos de pibe que guardaban debajo de la cama, pues era voz corrida que el sastre andaba buscando con una terquedad incansable. Este sastre del barrio había resultado ser hermano del damnificado que vivía en Floresta.

—Ah, no es cuestión de perder este negocio. Aquella noche tuvimos que caminar. ¡Hasta Boedo, al fondo!

Aquella noche debieron entregarnos dos cortes de paño al cochero que los había traído de regreso al refugio.

—Eso cochero, caray.

Y se indignaban contra el cochero, porque, según ellos, los había robado.

—El, con decir que no sabía nada, se arregla. En cambio, nosotros, exponer la vida... Nos emborrachó el cochero.

De repente, Arbolito puso otra vez fecha a su muerte.

—El 15 es la cosa. El 14 nos la tomamos.

El 14 se salió con los amigos de Parranda; lo devolvieron otro vez borracho y casi desmayado; y no se murió.



Y entonces se lo ocurrió poner fecha a su muerte: se moriría el próximo 13 de abril. Creció en cama y era de ver la abnegación de Gaspar y El Choto. Durante los tres meses que duró su primera larga caída en cama, lo atendieron con una solicitud tan cariñosa y abnegada, que ahora, al recordarlo me emociona.

—Es ahora, agosto, el mes de los tísicos. ¡Es la vez en que no falla la cosa!

Efectivamente: aquella vez no falló la predicción, sólo que la muerte se presentó de otra manera que embosada en la tuberculosis.

En estos días he estado en la Biblioteca Nacional recorriendo los diarios y revistas de aquellos tiempos de mi lejana infancia en los amontonados conventillos de Barreiros, buscando en las noticias policiales todos los detalles del suceso que produjo la muerte de Arbolito. Vi la fotografía de los tres ladrones, de frente y de perfil. Como no había de mí ahora, guardo acordado el efecto que me produjo esa lectura, mi emoción frente a esos diarios viejos, amarillentos, que me retrotraían a mis días aquellos... Hace veintitrés años...

Hay dos versiones del suceso: la policía dice que tres sujetos peligrosos, ladrones prontuarios, fueron sorprendidos al pretender robar; perseguidos por dos agentes del orden público, reaccionaron descargando sus armas contra los visitantes; éstos repelieron la agresión, matando a uno, hirviendo a otro. Un tercero logró escapar.

Como yo conozco los procedimientos de aquellos años —policía y delinuentes— y penetré

El padre Blanco se horrorizó y Arbolito rió, seguro de su propia bondad y de que tenía razón, mientras que el cura estaba equivocado. Estas ideas, algunas frases como "contribuir a la justicia social", debió haberlas bebido en algún libro anarquista.



en ciertas psicologías, voy a interpretar el tal geco suceso utilizando los datos de los diarios, el, pero según mi modo de ver, que es el exacto.

El Choto había ido a un conventillo de Almagro, donde se jugaba a diversos juegos de azar. Allí le comió todas las noches, mostrándose servil, lagarto, amable. No podía darse cuenta, ni intervenir marcadamente en las conversaciones. Jugaba un poco, y muy lentamente. Sin pretensión era muy sensible: quería conocer la vida, los hábitos, la posición económica de algunos concurrentes; la principal noticia ya la conocía: eran personas que se pasaban algunos días de la semana hasta la madrugada jugando, con lo cual dejaban sus casas al cuidado de otros, asado de mujeres, o solas. Se trataba de averiguar en qué casa se podía dar un golpe y a qué persona. Hasta que eligió: Un comerciante retirado, Juan Bontempo, permanecía dos o tres veces por semana hasta las tres o cuatro de la mañana jugando con avasala repugnancia. Vivía con su señora y una hija. Quedaban solas, entonces, dos mujeres en la casa desde las diez de la noche hasta la madrugada. Juan Bontempo era rico y avaro.

Un domingo por la tarde fueron los tres a conocer la casa de la calle Río Jacaranda. Wanda tras una visita un Jardinetto; la visita esa sola. No podían entrar por allí. Dieron la vuelta y la mañana; efectivamente: un conventillo podía servir de refugio; atravesaban al amplio patio del conventillo, escalaban una pared y entraban en la casa del comerciante.

La noche señalada al efecto, entraron al conventillo Arbolito y Gaspar; El Choto se resacaba para servir de campana. Saltaron la pared y se descolgaron al patio de la casa elegida y la mañana; efectivamente: un conventillo podía servir de refugio; atravesaban al amplio patio del conventillo, escalaban una pared y entraban en la casa del comerciante.

La noche señalada al efecto, entraron al conventillo Arbolito y Gaspar; El Choto se resacaba para servir de campana. Saltaron la pared y se descolgaron al patio de la casa elegida y la mañana; efectivamente: un conventillo podía servir de refugio; atravesaban al amplio patio del conventillo, escalaban una pared y entraban en la casa del comerciante.

La noche señalada al efecto, entraron al conventillo Arbolito y Gaspar; El Choto se resacaba para servir de campana. Saltaron la pared y se descolgaron al patio de la casa elegida y la mañana; efectivamente: un conventillo podía servir de refugio; atravesaban al amplio patio del conventillo, escalaban una pared y entraban en la casa del comerciante.

La noche señalada al efecto, entraron al conventillo Arbolito y Gaspar; El Choto se resacaba para servir de campana. Saltaron la pared y se descolgaron al patio de la casa elegida y la mañana; efectivamente: un conventillo podía servir de refugio; atravesaban al amplio patio del conventillo, escalaban una pared y entraban en la casa del comerciante.

La noche señalada al efecto, entraron al conventillo Arbolito y Gaspar; El Choto se resacaba para servir de campana. Saltaron la pared y se descolgaron al patio de la casa elegida y la mañana; efectivamente: un conventillo podía servir de refugio; atravesaban al amplio patio del conventillo, escalaban una pared y entraban en la casa del comerciante.

La noche señalada al efecto, entraron al conventillo Arbolito y Gaspar; El Choto se resacaba para servir de campana. Saltaron la pared y se descolgaron al patio de la casa elegida y la mañana; efectivamente: un conventillo podía servir de refugio; atravesaban al amplio patio del conventillo, escalaban una pared y entraban en la casa del comerciante.

**FRASCO
MEDIANO
\$ 1.80**

Para embellecer su sonrisa

Para disfrutar del encanto físico que más ansia un espíritu refinado y para protegerse de los riesgos de afecciones provenientes de negligencia en el cuidado de la dentadura, recuerde que el dentífrico DUBARRY ha sido clasificado como el

"Más científico de los dentífricos"

Limpia bien, sin raspar.
Desinfecta a fondo la boca.
Aromatiza el aliento.



Se vende en tubos de
Pasta Blanca y Pasta Rosa
- dos gustos distintos -

Tubo Medio 0.70

Tubo Grande \$1.70.

Con una bonita bijouterie de regalo



Sin cepillo

Gran desodorante y especialmente del cigarrillo.

Colocar un centímetro de pasta — blanca o rosa — sobre los dientes, extenderla con la lengua sobre los mismos y las encías, dejar un instante y luego hacer buches con agua fría o tibia.